

moronarse y á perderse, todo el edificio de la hermosura dará en tierra, y será tenido en precio bajo y asqueroso. Muchas veces habia yo intentado de persuadir á mi pueblo dejase esta prodigiosa costumbre; pero apenas lo intentaba, cuando se me daba en la boca con mil amenazas de muerte, donde vine á verificar aquel antiguo a-lagio, que vulgarmente se dice, que la costumbre es otra naturaleza, y el mudarla se siente como la muerte. Finalmente, mi hija se encerró en el retraimiento dicho, y estuve esperando su perdicion; y cuando queria ya entrar un hermano de su esposo á dar principio al torpe trato, veis aquí, donde veo salir con una lanza terciada en las manos á la gran sala, donde toda la gente estaba, Transila hermosa como el sol, brava como una leona, y airada como una tigre.

Aquí llegaba de su historia el anciano Mauricio, escuchándole todos con la atencion posible, cuando revisitiéndosele á Transila el mismo espíritu que tuvo, al tiempo que se vió en el mismo acto y ocasion que su padre contaba, levantándose en pié, con lengua á quien suele turbar la cólera, con el rostro becho brasa y los ojos fuego, en efecto, con ademan que la pudiera hacer menos hermosa, si es que los accidentes tienen fuerzas de menoscabar las grandes hermosuras, quitándole á su padre las palabras de la boca, dijo las del siguiente capítulo.

## CAPITULO XIII.

Donde Transila prosigue la historia á quien su padre dió principio.

Salí, dijo Transila, como mi padre ha dicho, á la gran sala, y mirando á todas partes, en alta y colérica voz dije: Hacedos adelante vosotros, aquellos cuyas deshonestas y bárbaras costumbres van contra las que guarda cualquier bien ordenada república. Vosotros, digo, mas lascivos que religiosos, que con apariencia y sombra de ceremonias vanas, quereis cultivar los ajenos campos sin licencia de sus legítimos dueños. Veisme aquí, gente mal perdida y peor aconsejada, venid, venid, que la razon puesta en la punta desta lanza defenderá mi partido, y quitará las fuerzas á vuestros malos pensamientos, tan enemigos de la honestidad y de la limpieza. Y en diciendo esto, salté en mitad de la turba, y rompiendo por ella, salí á la calle, acompañada de mi mismo enojo, y llegué á la marina, donde cifrando mil discursos, que en aquel tiempo hice, en uno, me arrojé en un pequeño barco que sin duda me deparó el cielo, y asiendo de dos pequeños remos, me alargué de la tierra todo lo que pude; pero viendo que se daban priesa á seguirme en otros muchos barcos, mas bien parados y de mayores fuerzas impelidos, y que no era posible escaparme, solté los remos, y volví á tomar mi lanza, con intencion de esperarles, y no dejar llevarme á su poder, sino perdiendo la vida, vengando primero en quien pudiese mi agravio. Vuelvo á decir otra vez, que el cielo conmovido de mi desgracia avivó el viento y llevó el barco, sin impelerle los remos, el mar adentro, hasta que llegó á una corriente ó raudal que le arrebató como en peso, y le llevó mas adentro, quitando la esperanza á los que tras mí venian de alcanzarme, que no se aventuraron á entrar en la desenfadada corriente que por aquella parte el mar llevaba. Así es verdad, dijo á esta sazón su esposo Ladislao, porque como me llevabas el alma, no pude dejar de seguirte; sobrevino la noche, y perdimoste de

vista, y aun perdimos la esperanza de hallarte viva, si no fuese en las lenguas de la fama, que desde aquel punto tomó á su cargo el celebrar tal hazaña por siglos eternos.

Es pues el caso, prosiguió Transila, que aquella noche un viento, que de la mar soplabá, me trajo á la tierra, y en la marina hallé unos pescadores que benignamente me recogieron y albergaron, y aun me ofrecieron marido, si no le tenia, y creo sin aquellas condiciones de quien yo iba huyendo: pero la codicia humana que reina y tiene su señorío aun entre las peñas y riscos del mar y en los corazones duros y campestres, se entró aquella noche en los pechos de aquellos rústicos pescadores, y acordaron entre sí, que pues de todos era la presa que en mí tenían, y que no podia ser dividida en partes para poder repartirme, que me vendiesen á unos cosarios que aquella tarde habian descubierto no léjos de sus pesquerías. Bien pudiera yo ofrecerles mayor precio del que ellos pudieran pedir á los cosarios, pero no quise tomar ocasion de recibir bien alguno de ninguno de mi bárbara patria; y así al amanecer, habiendo llegado allí los piratas, me vendieron, no sé por cuanto, habiéndome primero despojado de las joyas que llevaba de desposada: lo que sé decir es, que me trataron los cosarios con mejor término que mis ciudadanos, y me dijeron que no fuese melancólica, porque me llevaban no para ser esclava, sino para esperar ser reina y aun señora de todo el universo, si ya no mentian ciertas profecías de los bárbaros de aquella isla, de quien tanto se hablaba por el mundo. De cómo llegué, del recibimiento que los bárbaros me hicieron, de cómo aprendí su lengua en este tiempo que há que falté de vuestra presencia, de sus ritos, ceremonias y costumbres, del vano asunto de sus profecías, y del hallazgo destes señores con quien vengo, y del incendio de la isla, que ya queda abrasada, y de nuestra libertad, diré otra vez, que por agora basta lo dicho, y quiero dar lugar á que mi padre me diga, qué ventura le ha traído á dármele tan buena, cuando menos la esperaba.

Aquí dió fin Transila á su plática, teniendo á todos colgados de la suavidad de su lengua, y admirados del extremo de su hermosura, que despues de la de Auristela ninguna se le igualaba. Mauricio, su padre, entónces dijo: Ya sabes, hermosa Transila, querida hija, cómo en mis estudios y ejercicios, entre otros muchos gustos y loables, me llevaron tras sí los de la astrología judiciaria, como aquellos que cuando aciertan, cumplen el natural deseo que todos los hombres tienen, no solo de saber lo pasado y presente, sino lo por venir. Viéndote pues perdida, noté el punto, observé los astros, miré el aspecto de los planetas, señalé los sitios y casas necesarias para que respondiese mi trabajo á mi deseo: porque ninguna ciencia, en cuanto á ciencia, engaña; el engaño está en quien no la sabe, principalmente la del astrología, por la velocidad de los cielos que se lleva tras sí todas las estrellas, las cuales no influyen en este lugar lo que en aquel, ni en aquel lo que en este: y así el astrólogo judiciario, si acierta alguna vez en sus juicios, es por arrimarse á lo mas probable y á lo mas experimentado; y el mejor astrólogo del mundo, puesto que muchas veces se engaña, es el demonio; porque no solamente juzga de lo por venir por la ciencia que se sabe, sino tambien por las premisas y conjeturas; y como há

tanto tiempo que tiene experiencia de los casos pasados y tanta noticia de los presentes, con facilidad se arroja á juzgar de los por venir, lo que no tenemos los aprendices desta ciencia, pues hemos de juzgar siempre á tiento y con poca seguridad; con todo eso alcancé que tu perdicion habia de durar dos años, y que te habia de cobrar este dia y en esta parte, para remozar mis canas y para dar gracias á los cielos del hallazgo de mi tesoro, alegrando mi espíritu con tu presencia, puesto que sé que ha de ser á costa de algunos sobresaltos; que por la mayor parte las buenas andanzas no vienen sin el contrapeso de desdichas, las cuales tienen jurisdiccion y un modo de licencia de entrarse por los buenos sucesos, para darnos á entender que ni el bien es eterno, ni el mal durable. Los cielos serán servidos, dijo á esta sazón Auristela, que habia gran tiempo que callaba, de darnos próspero viaje, pues nos le promete tan buen hallazgo. La mujer prisionera, que habia estado escuchando con grande atencion el razonamiento de Transila, se puso en pié á pesar de sus cadenas y al de la fuerza que le hacia para que no se levantase el que con ella venia preso, y con voz levantada dijo.

## CAPITULO XIV.

Donde se declara quién eran los que tan ahorrados venian.

Si es que los afligidos tienen licencia para hablar ante los venturosos, concédaseme á mí por esta vez, donde la brevedad de mis razones templará el fastidio que tuviéredes de escuchallas. Haste quejado, dijo (volviéndose á Transila), señora doncella, de la bárbara costumbre de los de tu ciudad, como si lo fuera aliviar el trabajo á los menesterosos, y quitar la carga á los flacos: sí; que no es error (por bueno que sea un caballo) pasearse la carrera primero que se ponga en él su dueño, ni va contra la honestidad el uso y costumbre, si en él no se pierde la honra, y se tiene por acertado lo que no lo parece: sí; que mejor gobernará el timon de una nave el que hubiere sido marinero, que no el que sale de las escuelas de la tierra para ser piloto: la experiencia en todas las cosas es la mejor muestra de las artes, y así mejor te fuera entrar experimentada en la compañía de tu esposo, que rústica é inculta. Apenas oyó esta razon última el hombre que consigo venia atado, cuando dijo, poniéndole el puño cerrado junto al rostro, amenázándole: ¡Oh Rosamunda, ó por mejor decir, rosa inmunda, porque munda ni lo fuistes, ni lo eres, ni lo serás en tu vida, si vivieses mas años que los mismos tiempos; y así no me maravillo de que te parezca mal la honestidad ni el buen recato á que están obligadas las honradas doncellas.

Sabed, señores (mirando á todos los circunstantes, prosiguió), que esta mujer que aquí veis atada como loca, y libre como atrevida, es aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido, concubina y amiga del rey de Inglaterra, de cuyas impúdicas costumbres hay largas historias y longuissimas memorias entre todas las gentes del mundo: esta mandó al rey, y por añadidura á todo el reino; puso leyes, quitó leyes, levantó caidos viciosos, y derribó levantados virtuosos; cumplió sus gustos tan torpe como públicamente, en menoscabo de la autoridad del rey, y en muestra de sus torpes apetitos: que fueron tantas las muestras y tan torpes y tantos sus atrevimientos, que rompiendo los lazos de diamante y

las redes de bronce con que tenia ligado el corazón del rey, le movieron á apartarla de sí, y á menospreciarla en el mismo grado que la habia tenido en precio: cuando esta estaba en la cumbre de su rueda, y tenia asida por la guedeja á la fortuna, vivia yo despechado, y con deseo de mostrar al mundo cuán mal estaban empleados los de mi rey y señor natural: tengo un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre; deléitanme las maliciosas agudezas, y por decir una perderé yo, no solo un amigo, pero cien mil vidas. No me ataban la lengua prisiones, ni enmudecian destierros, ni atemorizaban amenazas, ni enmendaban castigos; finalmente, á entrambos á dos llegó el dia de nuestra última paga: á esta mandó el rey que nadie en toda la ciudad, ni en todos sus reinos y señoríos le diese, ni dadas ni por dineros otro algun sustento que pan y agua, y que á mí junto con ella nos trajesen á una de las muchas islas que por aquí hay, que fuese despoblada, y aquí nos dejasen: pena que para mí ha sido mas mala que quitarme la vida, porque la que con ella paso, es peor que la muerte.

Mira, Clodio, dijo á esta sazón Rosamunda, cuán mal me hallo yo en tu compañía, que mil veces me ha venido al pensamiento de arrojarme en la profundidad del mar, y si lo he dejado de hacer, es por no llevarte conmigo, que si en el infierno pudiera estar sin tí, se me aliviaran las penas. Yo confieso que mis torpezas han sido muchas, pero han caído sobre sugeto flaco y poco discreto; mas las tuyas han cargado sobre varoniles hombros y sobre discrecion experimentada, sin sacar dellas otra ganancia que una delectacion mas lijera que la menuda paja que en volubles remolinos revuelve el viento: tú has lastimado mil ajenas honras, has aniquilado ilustres créditos, has descubierto secretos escondidos, y contaminado linajes claros; haste atrevido á tu rey, á tus ciudadanos, á tus amigos y á tus mismos parientes, y en son de decir gracias te has desgraciado con todo el mundo; bien quisiera yo que quisiera el rey, que en pena de mis delitos acabara con otro género de muerte la vida en mi tierra, y no con el de las heridas que á cada paso me da tu lengua, de la cual tal vez no están seguros los cielos ni los santos. Con todo eso, dijo Clodio, jamas me ha acusado la conciencia de haber dicho alguna mentira. A tener tú conciencia, dijo Rosamunda, de las verdades que has dicho tenias harto de qué acusarte, que no todas las verdades han de salir en público, ni á los ojos de todos. Sí, dijo á esta sazón Mauricio: sí, que tiene razon Rosamunda, que las verdades de las culpas cometidas en secreto, nadie ha de ser osado de sacarlas en público, especialmente las de los reyes y príncipes que nos gobiernan; sí, que no toca á un hombre particular reprender á su rey y señor, ni sembrar en los oídos de sus vasallos las faltas de su príncipe; porque esto no será causa de enmendarle, sino de que los suyos no lo estimen: y si la correccion ha de ser fraterna entre todos, ¿por qué no ha de gozar de este privilegio el príncipe? por qué le han de decir públicamente y en el rostro sus defectos? que tal vez la reprension pública y mal considerada suele endurecer la condicion del que la recibe, y volverle antes pertinaz que blando; y como es forzoso que la reprension caiga sobre culpas verdaderas ó imaginadas, nadie quiere que le reprendan en público; y así dignamente los satíricos, los maldicientes, los mal intencio-

nados son desterrados y echados de sus casas sin honra y con vituperio, sin que les quede otra alabanza que llamarse agudos sobre bellacos, y bellacos sobre agudos, y es como lo que suele decirse: La traicion contenta, pero el traidor enfada; y hay mas, que las honras que se quitan por escrito, como vuelan y pasan de gente en gente, no se pueden reducir á restitution, sin la cual no se perdonan los pecados. Todo lo sé, respondió Clodio, pero si quieren que no hable ó escriba, córtenme la lengua y las manos; y aun entónces pondré la boca en las entrañas de la tierra, y daré voces como pudiere, y tendré esperanza que de allí salgan las cañas del rey Midas.

Ahora bien, dijo á esta sazón Ladislao, háganse estas paces, casemos á Rosamunda con Clodio, quizá con la bendicion del sacramento del matrimonio y con la discrecion de entrambos, mudando de estado mudarán de vida. Aun bien, dijo Rosamunda, que tengo aquí un cuchillo con que podré hacer una ó dos puertas en mi pecho, por donde salga el alma, que ya tengo casi puesta en los dientes, en solo haber oido este tan desastrado y desatinado casamiento. Yo no me mataré, dijo Clodio, porque aunque soy murmurador y maldiciente, el gusto que recibo de decir mal, cuando digo bien, es tal, que quiero vivir, porque quiero decir mal: verdad es que pienso guardar la cara á los príncipes, porque ellos tienen largos brazos, y alcanzan adonde quieren y á quien quieren, y ya la experiencia me ha mostrado que no es bien ofender á los poderosos, y la caridad cristiana enseña que por el príncipe bueno se ha de rogar al cielo por su vida y por su salud, y por el malo que le mejore y enmiende. Quien todo eso sabe, dijo el bárbaro Antonio, cerca está de enmendarse: no hay pecado tan grande, ni vicio tan apoderado, que con el arrepentimiento no se borre ó quite del todo: la lengua maldiciente es como espada de dos filos, que corta hasta los huesos, ó como rayo del cielo, que sin romper la vaina rompe y desmenuza el acero que cubre; y aunque las conversaciones y entretenimientos se hacen sabrosos con la sal de la murmuracion, todavía suelen tener los dejos las mas veces amargos y desabridos: es tan lijera la lengua como el pensamiento, y si son malas las preñeces de los pensamientos, las empeoran los partos de la lengua; y como sean las palabras como las piedras que se sueltan de la mano, que no se pueden revocar ni volver á la parte donde salieron hasta que han hecho su efecto, pocas veces el arrepentirse de haberlas dicho menoscaba la culpa del que las dijo: aunque ya tengo dicho que un buen arrepentimiento es la mejor medicina que tienen las enfermedades del alma.

## CAPITULO XV.

Llega Arnaldo á la isla donde están Periandro y Auristela.

En esto estaban, cuando entró un marinero en el hospedaje, diciendo á voces: Un bajel grande viene con las velas tendidas, encaminado á este puerto, y hasta agora no he descubierto señal que me dé á entender de qué parte sea. Apenas dijo esto, cuando llegó á sus oídos el son horrible de muchas piezas de artillería que el bajel disparó al entrar del puerto, todas limpias y sin bala alguna, señal de paz y no de guerra: de la misma manera le respondió el bajel de Mauricio y toda la arcabuceria de los soldados que en él venían. Al momento todos los

que estaban en el hospedaje salieron á la marina: en viendo Periandro el bajel recién llegado, conoció ser el de Arnaldo, príncipe de Dinamarca, de que no recibió contento alguno, ántes se le revolieron las entrañas, y el corazon le comenzó á dar saltos en el pecho. Los mismos accidentes y sobresaltos recibió en el suyo Auristela, como aquella que por larga experiencia sabía la voluntad que Arnaldo le tenia, y no podía acomodar su corazon á pensar cómo podria ser que las voluntades de Arnaldo y Periandro se aviniesen bien, sin que la rigurosa y desesperada flecha de los celos no les atravesase las almas.

Ya estaba Arnaldo en el esquite de la nave, y ya llegaba á la orilla, cuando se adelantó Periandro á recibirle; pero Auristela no se movió del lugar donde primero puso el pié, y aun quisiera que allí se le hincaran en el suelo, y se volvieran en torcidas raíces, como se volvieron los de la hija de Peneo, cuando el lijero corredor Apolo la seguia. Arnaldo, que vió á Periandro, le conoció, y sin esperar que los suyos le sacasen en hombros á la tierra, de un salto que dió desde la popa del esquite, se puso en ella y en los brazos de Periandro, que con ellos abiertos le recibió; y Arnaldo le dijo: Si yo fuese tan venturoso, amigo Periandro, que contigo hallase á tu hermana Auristela, ni tendria mal que temer, ni otro bien mayor que esperar. Conmigo está, valeroso señor, respondió Periandro, que los cielos, atentos á favorecer tus virtuosos y honestos pensamientos, te la han guardado con la entereza que tambien ella por sus buenos deseos merece. Ya en esto se habia comunicado por la nueva gente y por la que en la tierra estaba, quién era el príncipe que en la nave venia; y todavía estaba Auristela como estaba, sin voz, inmóvil, y junto á ella la hermosa Transila, y las dos, al parecer bárbaras, Riela y Constanza: llegó Arnaldo, y puesto de hinojos ante Auristela, le dijo: Seais bien hallada, norte por donde se guian mis honestos pensamientos, y estrella fija que me lleva al puerto donde han de tener reposo mis buenos deseos. A todo esto no respondió palabra Auristela, ántes le vinieron las lágrimas á los ojos, que comenzaron á bañar sus rosadas mejillas. Confuso Arnaldo de tal accidente, no supo determinarse, si de pesar ó de alegría podia proceder semejante acontecimiento; mas Periandro, que todo lo notaba, y en cualquier movimiento de Auristela tenia puestos los ojos, sacó á Arnaldo de duda, diciéndole: Señor, el silencio y las lágrimas de mi hermana nacen de admiracion y de gusto: la admiracion, del verte en parte tan no esperada; y las lágrimas, del gusto de haberte visto; ella es agradecida, como lo deben ser las bien nacidas, y conoce las obligaciones en que la has puesto de servirte con las mercedes y limpio tratamiento que siempre le has hecho. Fuéronse con esto al hospedaje, volvieron á colmarse las mesas de manjares, llenáronse de regocijo los pechos, porque se llenaron las tazas de generosos vinos, que cuando se trasiegan por la mar de un cabo á otro, se mejoran de manera que no hay néctar que se les iguale. Esta segunda comida se hizo por el respeto del príncipe Arnaldo: contó Periandro al Príncipe lo que le sucedió en la isla bárbara, con la libertad de Auristela, con todos los sucesos y puntos que hasta aquí se han contado, con que se suspendió Arnaldo, y de nuevo se alegraron y admiraron todos los presentes.

## CAPITULO XVI.

Determinan todos salir de la isla prosiguiendo su viaje.

En esto el patron del hospedaje dijo: No sé si diga que me pesa de la bonanza que prometen en el mar las señales del cielo: el sol se pone claro y limpio, cerca ni léjos no se descubre celaje alguno, las olas hieren la tierra blanda y suavemente, y las aves salen al mar á espaciarse, que todos estos son indicios de serenidad firme y duradera, cosa que ha de obligar á que me dejen solo tan honrados huéspedes como la fortuna á mi hospedaje ha traído. Así será, dijo Mauricio, que puesto que vuestra noble compañía se ha de tener por agradable y cara, el deseo de volver á nuestras patrias no consiente que mucho tiempo la gocemos: de mí sé decir que esta noche á la primera guarda me pienso hacer á la vela, si con mi parecer viene el de mi piloto y el destes señores soldados que en el navío vienen. A lo que añadió Arnaldo: Siempre la pérdida del tiempo no se puede cobrar, y la del que se pierde en la navegacion es irremediable: en efecto, entre todos los que en el puerto estaban, quedó de acuerdo que en aquella noche fuesen de partida la vuelta de Inglaterra, á quien todos iban encaminados. Levantóse Arnaldo de la mesa, y asiendo de la mano á Periandro, le sacó fuera del hospedaje, donde á solas y sin ser oido de nadie, le dijo: No es posible, Periandro amigo, sino que tu hermana Auristela te habrá dicho la voluntad que en dos años que estuvo en poder del Rey mi padre le mostré, tan ajustada con sus honestos deseos, que jamas me salieron palabras á la boca que pudiesen turbar sus castos intentos; nunca quise saber mas de su hacienda de aquello que ella quiso decirme, pintándola en mi imaginacion, no como persona ordinaria y de bajo estado, sino como á reina de todo el mundo, porque su honestidad, su gravedad, su discrecion tan en extremo extremada no me daba lugar á que otra cosa pensase: mil veces me la ofrecí por su esposo, y esto con voluntad de mi padre, y aun me parecia que era corto mi ofrecimiento: respondíome siempre que hasta verse en la ciudad de Roma, adonde iba á cumplir un voto, no podia disponer de su persona: jamas me quiso decir su calidad ni la de sus padres, ni yo, como ya he dicho, le importuné me la dijese, pues ella sola por sí misma, sin que traiga dependencia de otra alguna nobleza, merece, no solamente la corona de Dinamarca, sino de toda la monarquía de la tierra. Todo esto te he dicho, Periandro, para que como varón de discurso y entendimiento consideres que no es muy baja la ventura que está llamando á las puertas de tu comodidad y la de tu hermana, á quien desde aquí me ofrezco por su esposo, y prometo de cumplir este ofrecimiento cuando ella quisiere y adonde quisiere, aquí debajo destes pobres techos, ó en los dorados de la famosa Roma; y asimismo te ofrezco de contenerme en los límites de la honestidad y buen decoro, si bien viesse consumirme en los ahincos y deseos que trae consigo la concupiscencia desenfrenada, y la esperanza propinqua, que suele fatigar mas que la apartada.

Aquí dió fin á su plática Arnaldo, y estuvo atentísimo á lo que Periandro habia de responderle, que fué: Bien conozco, valeroso príncipe Arnaldo, la obligacion en que yo y mi hermana te estamos por las mercedes que hasta aquí no has hecho, y por la que agora de nuevo

nos haces: á mí, por ofrecerte por mi hermano, y á ella por esposo; pero aunque parezca locura que dos miserables peregrinos desterrados de su patria no admitan luego luego el bien que se les ofrece, te sé decir no ser posible el recibirle, como es posible el agradecerle: mi hermana y yo vamos llevados del destino y de la eleccion á la santa ciudad de Roma, y hasta vernos en ella, parece que no tenemos sér alguno, ni libertad para usar de nuestro albedrío; si el cielo nos llevare á pisar la santísima tierra y adorar sus reliquias santas, quedarémos en disposicion de disponer de nuestras hasta agora impedidas voluntades, y entónces será la mia toda empleada en servirte: séte decir tambien, que si llegares al cumplimiento de tu buen deseo, llegarás á tener una esposa de ilustrísimo linaje nacida, y un hermano que lo sea mejor que cuñado; y entre las muchas mercedes que entrambos á dos hemos recibido, te suplico me hagas á mi una, y es, que no me preguntes mas de nuestra hacienda y de nuestra vida, porque no me obligues á que sea mentiroso, inventando quimeras que decirte, mentirosas y falsas, por no poder contarte las verdaderas de nuestra historia. Dispon de mí, respondió Arnaldo, hermano mio, á toda tu voluntad y gusto, haciendo cuenta que yo soy cera, y tú el sello que has de imprimir en mí lo que quisieres; y si te parece, sea nuestra partida esta noche á Inglaterra, que de allí fácilmente pasaremos á Francia y á Roma, en cuyo viaje y del modo que quisieredes pienso acompañaros, si dello gustáredes. Aunque le pesó á Periandro deste último ofrecimiento, le admitió, esperando en el tiempo y en la dilacion, que tal vez mejora los sucesos; y abrazándose los dos cuñados en esperanza, se volvieron al hospedaje á dar traza en su partida.

Habia visto Auristela cómo Arnaldo y Periandro habian salido juntos, y estaba temerosa del fin que podia tener el de su plática: y puesto que conocia la modestia en el príncipe Arnaldo y la mucha discrecion de Periandro, mil géneros de temores la sobresaltaban, pareciéndole que como el amor de Arnaldo igualaba á su poder, podia remitir á la fuerza sus ruegos; que tal vez en los pechos de los desdenados amantes se convierte la paciencia en rabia, y la cortesía en descomedimiento; pero cuando los vió venir tan sosegados y pacíficos, cobró casi los perdidos espíritus. Clodio el maldiciente, que ya habia sabido quién era Arnaldo, se le echó á los piés, y le suplicó le mandase quitar la cadena y apartar de la compañía de Rosamunda. Mauricio le contó luego la condicion, la culpa y la pena de Clodio y la de Rosamunda: movido á compasion dellos, hizo por un capitán, que los traia á su cargo, que los desherrasen y se los entregasen, que él tomaba á su cargo alcanzarles perdon de su rey, por ser su grande amigo. Viendo lo cual el maldiciente Clodio, dijo: Si todos los señores se ocupasen en hacer buenas obras, no habria quien se ocupase en decir mal dellos; pero, ¿por qué ha de esperar el que obra mal que digan bien dél? Y si las obras virtuosas y bien hechas son calumniadas de la malicia humana, ¿por qué no lo serán las malas? Por qué ha de esperar el que siembra cizaña y maldad, dé buen fruto su cosecha? Lévame contigo, ó Príncipe, y verás cómo pongo sobre el cerco de la luna tus alabanzas. No, no, respondió Arnaldo, no quiero que me alabes por las obras que en mí son naturales; y mas, que la alabanza tanto es buena cuanto es

bueno el que la dice, y tanto es mala cuanto es vicioso y malo el que alaba; que si la alabanza es premio de la virtud, si el que alaba es virtuoso, es alabanza, y si vicioso, vituperio.

## CAPITULO XVII.

Da cuenta Arnaldo del suceso de Taurisa.

Con gran deseo estaba Auristela de saber lo que Arnaldo y Periandro pasaron en la plática que tuvieron fuera del hospedaje, y aguardaba comodidad para preguntárselo á Periandro, y para saber de Arnaldo qué se había hecho su doncella Taurisa, y como si Arnaldo le adivinara los pensamientos, le dijo: Las desgracias que has pasado, hermosa Auristela; te habrán llevado de la memoria las que tenias en obligacion de acordarte de ellas, entre las cuales querria que hubiesen borrado della á mí mismo, que con sola la imaginacion de pensar que algun tiempo he estado con ella, viviria contento, pues no puede haber olvido de aquello de quien no se ha tenido acuerdo; el olvido presente cae sobre la memoria del acuerdo pasado; pero como quiera que sea, acuérdese de mí, ó no te acuerdes, de todo lo que hicieres estoy contento: que los cielos que me han destinado para ser tuyo no me dejan hacer otra cosa; mi albedrío lo es para obedecerte: tu hermano Periandro me ha contado muchas de las cosas que después que te robaron de mi reino te han sucedido: unas me han admirado, otras suspendido, y estas y aquellas espantado: veo asimismo que tienen fuerza las desgracias para borrar de la memoria algunas obligaciones que parecen forzosas: ni me has preguntado por mi padre, ni por Taurisa tu doncella: á él dejé yo bueno y con deseo de que te buscasse y te hallase, á ella la traje conmigo, con intencion de venderla á los bárbaros, para que sirviese de espía, y viese si la fortuna te había llevado á su poder; de cómo vino al mío tu hermano Periandro, ya él te lo habrá contado, y el concierto que entre los dos hicimos; y aunque muchas veces he probado volver á la isla bárbara, los vientos contrarios no me han dejado, y ahora volvía con la misma intencion y con el mismo deseo, el cual me ha cumplido el cielo con bienes de tantas ventajas, como son, de tenerte en mi presencia, alivio universal de mis cuidados. Taurisa tu doncella, habrá dos dias que la entregué á dos caballeros amigos míos, que encontré en medio dese mar, que en un poderoso navío iban á Irlanda, á causa que Taurisa iba muy mala y con poca seguridad de la vida; y como este navío en que yo ando mas se puede llamar de cosario que de hijo de rey, viendo que en él no había regalos ni medicinas que pidien los enfermos, se la entregué para que la llevasen á Irlanda y la entregasen á su príncipe, que la regalase, curase y guardase, hasta que yo mismo fuese por ella. Hoy he dejado apuntado con tu hermano Periandro, que nos partamos mañana, ó ya para Inglaterra, ó ya para España ó Francia, que á do quiera que arribemos, tendrémola segura comodidad para poner en efecto los honestos pensamientos que tu hermano me ha dicho que tienes, y yo en este entre tanto llevaré sobre los hombros de mi paciencia mis esperanzas, sustentadas con el arrimo de tu buen entendimiento; con todo esto te ruego, señora, y te suplico, que mires si con nuestro parecer viene y ajusta el tuyo, que si algun tanto disuena, no le pondrémos en ejecucion. Yo no tengo otra voluntad, respondió Auris-

tela, sino la de mi hermano Periandro, ni él, pues es discreto, querrá salir un punto de la tuya. Pues si así es, replicó Arnaldo, no quiero mandar sino obedecer, porque no digan que por la calidad de mi persona me quiero alzar con el mando á mayores. Esto fué lo que pasó á Arnaldo con Auristela, la cual se lo contó todo á Periandro, y aquella noche Arnaldo, Periandro, Mauricio, Ladislao y los dos capitanes, el del navío inglés, con todos los que salieron de la isla bárbara, entraron en consejo, y ordenaron su partida en la forma siguiente.

## CAPITULO XVIII.

Donde Mauricio sabe por la astrologia un mal suceso que les avino en el mar.

En la nave donde vinieron Mauricio y Ladislao, los capitanes y soldados que trajeron á Rosamunda y á Clodio, se embarcaron todos aquellos que salieron de la mazmorra y prision de la isla bárbara, y en el navío de Arnaldo se acomodaron Periandro, Auristela, Riel y Constanza, y los dos Antonios, padre y hijo, Ladislao, Mauricio y Transila, sin consentir Arnaldo que se quedasen en tierra Clodio y Rosamunda: Rutilio se acomodó con Arnaldo; hicieron agua aquella noche, recogiendo y comprando del huésped todos los bastimentos que pudieron, y habiendo mirado los puntos mas convenientes para su partida, dijo Mauricio, que si la buena suerte les escapaba de una mala que les amenazaba muy propinqua, tendria buen suceso su viaje; y que el tal peligro, puesto que era de agua, no había de suceder, si sucediese, por borrasca ni tormenta del mar ni de tierra, sino por una traicion mezclada y aun forjada del todo de deshonestos y lascivos deseos. Periandro, que siempre andaba sobresaltado con la compañía de Arnaldo, vino á temer si aquella traicion había de ser fabricada por el Príncipe para alzarse con la hermosa Auristela, pues la había de llevar en su navío; pero opúsose á todo este mal pensamiento la generosidad de su ánimo, y no quiso creer lo que temía, por parecerle que en los pechos de los valerosos príncipes no deben hallar acogida alguna las traiciones; pero no por esto dejó de pedir y rogar á Mauricio mirase muy bien de qué parte les podía venir el daño que les amenazaba: Mauricio respondió que no lo sabía, puesto que le tenia por cierto, y aunque templaba su rigor con que ninguno de los que en él se hallasen había de perder la vida, sino el sosiego y la quietud, pues habían de ver rompidos la mitad de sus disonios y sus mas bien encaminadas esperanzas. A lo que Periandro le replicó, que detuviesen algunos dias la partida, quizá con la tardanza del tiempo se mudarían ó se templarían los influjos rigurosos de las estrellas. No, replicó Mauricio, mejor es arrojarnos en las manos deste peligro, pues no llega á quitar la vida, que no intentar otro camino que nos lleve á perderla. Ea pues, dijo Periandro, echada está la suerte, partamos en buen hora, y haga el cielo lo que ordenado tiene, pues nuestra diligencia no lo puede excusar. Satisfizo Arnaldo al huésped magníficamente con muchos dones el buen hospedaje, y unos en unos navíos y otros en otros, cada cual segun y como vió que mas le convenia, dejó el puerto desembarazado y se hizo á la vela. Salió el navío de Arnaldo adornado de ligeras flámulas y banderetas, y de pintados y vistosos gallardetes: al zarpar los hierros y tirar las áncoras disparó así la gruesa como la menuda artillería,

rompieron los aires los sonos de las chirimías y los de otros instrumentos músicos y alegres, oyéronse las voces de los que decian reiterándolo á menudo: Buen viaje, buen viaje.

A todo esto no alzaba la cabeza de sobre el pecho la hermosa Auristela, que casi como presaga del mal que le había de venir, iba pensativa: mirábala Periandro, y remirábala Arnaldo, teniéndola cada uno hecha blanco de sus ojos, fin de sus pensamientos y principio de sus alegrías: acabóse el día, entróse la noche clara, serena, despejando un aire blando los celajes que parece que se iban á juntar, si los dejaran. Puso los ojos en el cielo Mauricio, y de nuevo tornó á mirar en su imaginacion las señales de la figura que había levantado, y de nuevo confirmó el peligro que les amenazaba; pero nunca supo atinar de qué parte les vendría. Con esta confusion y sobresalto se quedó dormido encima de la cubierta de la nave, y de allí á poco despertó despavorido, diciendo á grandes voces: Traicion, traicion, traicion, despierta, príncipe Arnaldo, que los tuyos nos matan. A cuyas voces se levantó Arnaldo, que no dormía, puesto que estaba echado junto á Periandro en la misma cubierta, y dijo: ¿Qué has, amigo Mauricio? ¿Quién nos ofende, ó quién nos mata? ¿Todos los que en este navío vamos, no somos amigos; no son todos los mas vasallos y criados míos? ¿El cielo no está claro y sereno, el mar tranquilo y blando, y el bajel sin tocar en escollo ni en bajío, no navega? ¿Hay alguna rémora que nos detenga? Pues si no hay nada desto, ¿de qué temes que así con tus sobresaltos nos atemorizas? No sé, replicó Mauricio: haz, señor, que bajen los buzones á la sentina, que si no es sueño, á mí me parece que nos vamos anegando. No hubo bien acabado esta razon, cuando cuatro ó seis marineros se dejaron calar al fondo del navío, y lo requirieron todo, porque eran famosos buzones, y no hallaron costura alguna por donde entrase agua al navío, y vueltos á la cubierta dijeron, que el navío iba sano y entero, y que el agua de la sentina estaba turbia y hedionda, señal clara de que no entraba agua nueva en la nave. Así debe de ser, dijo Mauricio, sino que yo como viejo, en quien el temor tiene su asiento de ordinario, hasta los sueños me espantan, y plega á Dios que este mi sueño lo sea, que yo me holgaria de parecer viejo temeroso ántes que verdadero judiciario. Arnaldo le dijo: Sosegáos, buen Mauricio, porque vuestros sueños les quitan á estas señoras. Yo lo haré así, si puedo, respondió Mauricio, y tornándose á echar sobre la cubierta, quedó el navío lleno de muy sosegado silencio, en el cual Rutilio, que iba sentado al pié del árbol mayor, convidado de la serenidad de la noche, de la comodidad del tiempo, ó de la voz, que le tenia extremada, al son del viento que dulcemente heria en las velas, en su propia lengua toscana comenzó á cantar esto, que vuelto en lengua española, así decia:

Huye el rigor de la invencible mano  
Advertido, y enciérrase en el arca  
De todo el mundo el general monarca  
Con las reliquias del linaje humano.

El dilatado asilo, el soberano  
Lugar rompe los fueros de la Parca,  
Que entónces fiero y licencioso abarea  
Cuanto alienta y respira el aire vano.

Vense en la excelsa máquina encerrarse  
El leon y el cordero, y en segura  
Paz la paloma al fiero leon unida,

Sin ser milagro lo discorde amarse:  
Que en el comun peligro y desventura  
La natural inclinacion se olvida.

El que mejor entendió lo que cantó Rutilio fué el bárbaro Antonio, el cual le dijo asimismo: Bien canta Rutilio, y si por ventura es suyo el soneto que ha cantado, no es mal poeta, aunque ¿cómo lo puede ser bueno un oficial? Pero no digo bien, que yo me acuerdo haber visto en mi patria, España, poetas de todos los oficios: esto dijo en voz que la oyó Mauricio, el Príncipe y Periandro, que no dormían; y Mauricio dijo: Posible cosa es que un oficial sea poeta, porque la poesia no está en las manos, sino en el entendimiento, y tan capaz es el alma del sastre para ser poeta, como la de un maese de campo, porque las almas todas son iguales y de una misma masa en sus principios, criadas y formadas por su Hacedor; y segun la caja y temperamento del cuerpo, donde las encierra, así parecen ellas mas ó menos discretas, y atienden y se aficionan á saber las ciencias, artes ó habilidades á que las estrellas mas las inclinan; pero mas principalmente y propia se dice, que el poeta *nascitur*. Así que, no hay que admirar de que Rutilio sea poeta, aunque haya sido maestro de danzar. Y tan grande, replicó Antonio, que ha hecho cabriolas en el aire mas arriba de las nubes. Así es, respondió Rutilio, que todo esto estaba escuchando, que yo las hice casi junto al cielo, cuando me trajo caballero en el manto aquella hechicera desde Toscana, mi patria, hasta Noruega, donde la maté, que se había convertido en figura de loba, como ya otras veces he contado. Eso de convertirse en lobas y lobos algunas gentes destas setentrionales, es un error grandísimo, dijo Mauricio, aunque admitido de muchos. Pues ¿cómo es esto, dijo Arnaldo, que comunmente se dice y se tiene por cierto, que en Inglaterra andan por los campos manadas de lobos, que de gentes humanas se han convertido en ellos? Eso, respondió Mauricio, no puede ser en Inglaterra, porque en aquella isla templada y fertilísima no solo no se crían lobos, pero ninguno otro animal nocivo, como si dijésemos serpientes, víboras, sapos, arañas y escorpiones, ántes es cosa llana y manifiesta, que si algun animal ponzoñoso traen de otras partes á Inglaterra, en llegando á ella muere; y si de la tierra desta isla llevan á otra parte alguna tierra y cercan con ella á alguna víbora, no osa, ni puede salir del cerco que la aprisiona y rodea, hasta quedar muerta. Lo que se ha de entender desto de convertirse en lobos, es, que hay una enfermedad, á quien llaman los médicos manía lupina, que es de calidad, que al que la padece le parece que se ha convertido en lobo, y aulla como lobo, y se junta con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos y por los montes, ladrando, ya como perros, ó ya aullando como lobos, despedazan los árboles, matan á quien encuentran, y comen la carne cruda de los muertos; y hoy día sé yo que hay en la isla de Sicilia, que es la mayor del mar Mediterráneo, gentes deste género, á quien los sicilianos llaman lobos menar, los cuales ántes que les dé tan pestífera enfermedad lo sienten, y dicen á los que están junto á ellos que se aparten y huyan dellos, ó que los aten ó encierren, porque si no se guardan, los hacen pedazos á bocados y los desmenuzan, si pueden, con las uñas, dando terribles y espantosos ladridos; y es esto tanta verdad, que entre los que se han de casar se hace informacion bastante, de que ninguno dellos es tocado desta enfermedad: y si después andando el tiempo la experiencia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio.

Tambien es opinion de Plinio; segun lo escribe en el lib. 8., cap. 22., que entre los árcades hay un género de gente, la cual pasando un lago, cuelga los vestidos que lleva de un encina, y se entra desnudo la tierra adentro, y se junta con la gente que allí halla de su linaje en figura de lobos, y está con ellos nueve años, al cabo de los cuales vuelve á pasar el lago, y cobra su perdida figura; pero todo esto se ha de tener por mentira, y si algo hay, pasa en la imaginacion, y no realmente. No sé, dijo Rutilio: lo que sé es, que maté la loba, y hallé muerta á mis piés la hechicera. Todo eso puede ser, replicó Mauricio; porque la fuerza de los hechizos de los maléficos y encantadores, que los hay, nos hace ver una cosa por otra; y quede desde aquí asentado, que no hay gente alguna que mude en otra su primer naturaleza. Gusto me ha dado grande, dijo Arnaldo, el saber esta verdad, porque tambien yo era uno de los crédulos deste error, y lo mismo debe de ser lo que las fábulas cuentan de la conversion en cuervo del rey Artus de Ingalaterra, tan creida de aquella discreta nacion, que se abstiene de matar cuervos en toda la isla. No sé, respondió Mauricio, de dónde tomó principio esa fábula tan creida como mal imaginada.

En esto fueron razonando casi toda la noche, y al despuntar del dia dijo Clodio, que hasta allí habia estado oyendo y callando: Yo soy un hombre á quien no se le da por averiguar estas cosas un dinero: ¿qué se me da á mí que haya lobos hombres, ó no, ó que los reyes anden en figuras de cuervos ó de águilas, aunque si se hubiesen de convertir en aves, ántes querria que fuesen en palomas, que en milanos? Paso, Clodio, no digas mal de los reyes, que me parece que te quieres dar algun filo á la lengua para cortarles el crédito. No, respondió Clodio, que el castigo me ha puesto una mordaza en la boca, ó por mejor decir, en la lengua, que no consiente que la mueva, y así ántes pienso de aquí adelante reventar callando que alegrarme hablando: los dichos agudos, las murmuraciones dilatadas, si á unos alegran, á otros entristecen; contra el callar no hay castigo ni respuesta; vivir quiero en paz los dias que me quedan de la vida á la sombra de tu generoso amparo, puesto que por momentos me fatigan ciertos ímpetus maliciosos que me hacen bailar la lengua en la boca, y malograrse entre los dientes mas de cuatro verdades que andan por salir á la plaza del mundo: sírvase Dios con todo. A lo que dijo Auristela: De estimar es, ó Clodio, el sacrificio que haces al cielo de tu silencio. Rosamunda, que era una de las llegadas á la conversacion, volviéndose á Auristela, dijo: El dia que Clodio fuere callado, seré yo buena, porque en mí la torpeza, y en él la murmuracion son naturales, puesto que mas esperanza puedo yo tener de enmendarme que no él, porque la hermosura se envejece con los años, y faltando la belleza menguan los torpes deseos; pero sobre la lengua del maldiciente no tiene jurisdiccion el tiempo, y así los ancianos murmuradores hablan mas cuanto mas viejos, porque han visto mas, y todos los gustos de los otros sentidos los han cifrado y recogido á la lengua. Todo es malo, dijo Transila, cada cual por su camino va á parar á su perdicion. El que nosotros ahora hacemos, dijo Ladislao, próspero y felice ha de ser, segun el viento se muestra favorable y el mar tranquilo. Así se mostraba esta pasada noche, dijo la bárbara Constanza, pero el sueño del señor Mauricio nos

puso en confusion y alborotó tanto, que ya yo pensé que nos habia sorbido el mar á todos. En verdad, señora, respondió Mauricio, que si yo no estuviera enseñado en la verdad católica, y me acordara de lo que dice Dios en el Levítico: No seais agoreros, ni deis crédito á los sueños, porque no á todos es dado el entenderlos: que me atreviera á juzgar del sueño que me puso en tan gran sobresalto, el cual, segun á mí parecer, no me vino por algunas de las causas de donde suelen proceder los sueños; que cuando no son revelaciones divinas, ó ilusiones del demonio, proceden, ó de los muchos manjares que suben vapores al cerebro, con que turban el sentido comun, ó ya de aquello que el hombre trata mas de dia. Ni el sueño que á mí me turbó cae debajo de la observacion de la astrología, porque sin guardar puntos ni observar astros, señalar rumbos ni mirar imágenes, me pareció ver visiblemente que en un gran palacio de madera, donde estábamos todos los que aquí vamos, llovian rayos del cielo que le abrian todo, y por las bocas que hacian descargaban las nubes, no solo un mar, sino mil mares de agua; de tal manera, que creyendo que me iba anegando, comencé á dar voces y á hacer los mismos ademanes que suele hacer el que se anega, y aun no estoy tan libre deste temor que no me queden algunas reliquias en el alma; y como sé que no hay mas cierta astrología que la prudencia, de quien nacen los acertados discursos, ¿qué mucho que yendo navegando en un navío de madera tema rayos del cielo, nubes del aire y aguas de la mar? Pero lo que mas me confunde y suspende es, que si algun daño nos amenaza, no ha de ser de ningun elemento, que destinada y precisamente se disponga á ello, sino de una traicion forjada, como ya otra vez he dicho, en algunos lascivos pechos. No me puedo persuadir, dijo á esta sazón Arnaldo, que entre los que van por el mar navegando puedan entremetarse las blanduras de Vénus, ni los apetitos de su torpe hijo: al casto amor bien se le permite andar entre los peligros de la muerte guardándose para mejor vida.

Esto dijo Arnaldo, por dar á entender á Auristela y á Periandro, y á todos aquellos que sus deseos conocian, cuán ajustados iban sus movimientos con los de la razon; y prosiguió diciendo: El príncipe, justa razon es que viva seguro entre sus vasallos, que el temor de las traiciones nace de la injusta vida del príncipe. Así es, respondió Mauricio, y aun es bien que así sea: pero dejemos pasar este dia, que si él da lugar á que llegue la noche sin sobresaltarnos, yo pediré y las daré albricias del buen suceso.

Iba el sol á esta sazón á ponerse en los brazos de Tétis, y el mar se estaba con el mismo sosiego que hasta allí habia tenido; soplabla favorable el viento, por parte ninguna se descubrian celajes que turbasen los marineros: el cielo, la mar, el viento, todos juntos y cada uno de por sí prometian felicísimo viaje, cuando el prudente Mauricio dijo en voz turbada y alta: Sin duda nos anegamos, anegámonos sin duda.

## CAPITULO XIX.

Donde se da cuenta de lo que dos soldados hicieron, y la division de Periandro y Auristela.

A cuyas voces respondió Arnaldo: ¿Cómo es esto, ó gran Mauricio? ¿Qué aguas nos sorben, ó qué mares nos tragan, qué olas nos embisten? La respuesta que le die-

ron á Arnaldo, fué ver salir debajo de la cubierta á un marinero despavorido, echando agua por la boca y por los ojos, diciendo con palabras turbadas y mal compuestas: Todo este navío se ha abierto por muchas partes, el mar se ha entrado en él tan á rienda suelta, que presto le veréis sobre esta cubierta. Cada uno atiende á su salud y á la conservacion de la vida. Acógete, ó príncipe Arnaldo, al esquife ó á la barca, y lleva contigo las prendas que mas estimas, ántes que tomen entera posesion de las estas amargas aguas. Estancó en esto el navío sin poderse mover, por el peso de las aguas de quien ya estaba lleno; amainó el piloto todas las velas de golpe, y todos sobresaltados y temerosos acudieron á buscar su remedio: el Príncipe y Periandro fueron al esquife, y arrojándole al mar pusieron en él á Auristela, Transila, Rícla y á la bárbara Constanza, entre las cuales, viendo que no se acordaban della, se arrojó Rosamunda, y tras ella mandó Arnaldo entrarse Mauricio.

En este tiempo andaban dos soldados descolgando la barca, que al costado del navío venia asida, y el uno de ellos, viendo que el otro queria ser el primero que entrase dentro, sacando un puñal de la cinta, se le envainó en el pecho, diciendo á voces: Pues nuestra culpa ha sido fabricada tan sin provecho, esta pena te sirva á tí de castigo, y á mí de escarmiento, á lo ménos el poco tiempo que me queda de vida; y diciendo esto, sin querer aprovecharse del acogimiento que la barca le ofrecia, desesperadamente se arrojó al mar, diciendo á voces y con mal articuladas palabras: Oye, ó Arnaldo, la verdad que te dice este traidor, que en tal punto es bien que la diga: yo y aquel á quien me viste pasar el pecho, por muchas partes abrimos y taladramos este navío, con intencion de gozar de Auristela y de Transila, recogiéndonos en el esquife; pero habiendo visto yo haber salido mi desinio contrario de mi pensamiento, á mi compañero quité la vida, y á mí me doy la muerte; y con esta última palabra se dejó ir al fondo de las aguas, que le estorbaron la respiracion del aire y le sepultaron en perpetuo silencio: y aunque todos andaban confusos y ocupados, buscando, como se ha dicho, en el comun peligro algun remedio, no dejó de oír las razones Arnaldo del desesperado, y él y Periandro acudieron á la barca, y habiendo ántes que entrasen en ella ordenado que entrase en el esquife Antonio el mozo, sin acordarse de recoger algun bastimento, él, Ladislao, Antonio el padre, Periandro y Clodio se entraron en la barca, y fueron á abordar con el esquife, que algun tanto se habia apartado del navío, sobre el cual ya pasaban las aguas, y no se parecia dél sino el árbol mayor, como en señal que allí estaba sepultado. Llegóse en esto la noche, sin que la barca pudiese alcanzar al esquife, desde el cual daba voces Auristela, llamando á su hermano Periandro, que la respondia, reiterando muchas veces su para él dulcísimo nombre. Transila y Ladislao hacian lo mismo, y encontrábanse en los aires las voces de dulcísimo esposo mio y amada esposa mia, donde se rompian sus disinios, y se deshacian sus esperanzas, con la imposibilidad de no poder juntarse, á causa que la noche se cubria de oscuridad, y los vientos comenzaron á soplar de partes diferentes: en resolucion, la barca se apartó del esquife, y como mas lijera y ménos cargada voló por donde el mar y el viento quisieron llevarla: el esquife mas con la pesadumbre que con la carga de los que en él iban, se quedó como si apostara

quisieran que no navegara; pero cuando la noche cerró con mas oscuridad que al principio, comenzaron á sentir de nuevo la desgracia sucedida, viéronse en mar no conocida, amenazados de todas las inclemencias del cielo, y faltos de la comodidad que les podia ofrecer la tierra, el esquife sin remos y sin bastimentos, y la hambre solo detenida de la pesadumbre que sintieron.

Mauricio, que habia quedado por patron y por marinero del esquife, ni tenia con qué ni sabia cómo guialle, ántes segun los llantos, gemidos y suspiros de los que en él iban, podia temer que ellos mismos le anegarian: miraba las estrellas, y aunque no parecia de todo en todo, algunas que por entre la oscuridad se mostraban le daban indicio de venidera serenidad, pero no le mostraban en qué parte se hallaba: no consintió el sentimiento que el sueño aliviase su angustia, porque se les pasó la noche velando, y se vino el dia no á mas andar como dicen, sino para mas pensar, porque con él descubrieron por todas partes el mar cerca y léjos, por ver si topaban los ojos con la barca que les llevaba las almas, ó algun otro bajel que les prometiese ayuda y socorro en su necesidad; pero no descubrieron otra cosa que una isla á su mano izquierda, que juntamente los alegró y los entristeció: nació la alegría de ver cerca la tierra, y la tristeza de la imposibilidad de poder llegar á ella, si ya el viento no les llevase. Mauricio era el que mas confiaba de la salud de todos por haber hallado, como se ha dicho, en la figura que como judiciario habia levantado, que aquel suceso no amenazaba muerte, sino descomodidades casi mortales. Finalmente, el favor de los cielos se mezcló con los vientos, que poco á poco llevaron el esquife á la isla, y les dió lugar de tomarle en la tierra en una espaciosa playa no acompañada de gente alguna, sino de mucha cantidad de nieve que toda la cubria: miserables son y temerosas las fortunas del mar, pues los que las padecen se huelgan de trocarlas con las mayores que en la tierra se les ofrezcan; la nieve de la desierta playa les pareció blanda arena, y la soledad compañía. Unos en brazos de otros desembarcaron, el mozo Antonio fué el Atlante de Auristela y de Transila, en cuyos hombros tambien desembarcaron Rosamunda y Mauricio, y todos se recogieron al abrigo de un peñon, que no léjos de la playa se mostraba, habiendo ántes como mejor pudieron, varado el esquife en tierra, poniendo en él despues de en Dios su esperanza.

Antonio, considerando que la hambre habia de hacer su oficio, y que ella habia de ser bastante á quitarles las vidas, aprestó su arco, que siempre de las espaldas le colgaba, y dijo que él queria ir á descubrir la tierra por ver si hallaba gente en ella ó alguna caza que socorriese su necesidad. Vinieron todos con su parecer, y así se entró con lijero paso por la isla, pisando, no tierra, sino nieve tan dura por estar helada, que le parecía pisar sobre pedernales. Siguióle, sin que él lo echase de ver, la torpe Rosamunda, sin ser impedida de los demas, que creyeron que alguna natural necesidad la forzaba á dejallos. Volvió la cabeza Antonio á tiempo y en lugar adonde nadie los podia ver, y viendo junto á sí á Rosamunda, le dijo: La cosa de que ménos necesidad tengo, en esta que agora padecemos, es la de tu compañía; ¿qué quieres, Rosamunda? vuélvete, que ni tú tienes armas con que matar género de caza alguna, ni yo podré acomodar el paso á esperarte que me sigas. ¡Oh inexperto mozo, res-